

FORNER Y SAGARRA, JUAN PABLO (1756-1797)

*POESÍA*

A LUCINDA, EN EL FIN DEL AÑO

¡Qué importa que ligera  
la edad, huyendo en presuroso paso,  
mi vida abrevie en la callada huida,  
si cobro nueva vida  
cuando en las llamas de tu amor me abraso,  
y logro renacer entre su hoguera,  
como el ave del sol, que vida espera?  
Amor nunca fue escaso,  
¡oh, Lucinda amorosa!  
y aumenta gustos en los pechos tiernos.

Si el año tuvo fin, serán eternos  
los que goce dichosa  
mi dulce suerte entre tus dulces brazos,  
¡oh mi Lucinda hermosa!,  
brazos con tal blandura, que los lazos  
vencerán de la Venus peregrina,  
cuando, suelto el cabello,  
a Marte desafía  
y al victorioso dios vence en batalla;  
en ellos mi amor halla  
la vida, que en sus vueltas a porfía  
el sol fúlgido y bello  
me lleva en su carrera presurosa,  
¡oh Lucinda amorosa!

Y en la estación helada,  
cuando su margen despojada enfría  
el yerto Manzanares,  
al año despidiendo con su hielo,  
la lumbre de tu cielo  
dará calor a la esperanza mía,  
jena de pesares,  
no perdida mi edad, mas renovada,  
por más que el año huya,  
con el calor de la esperanza tuya.

¡Oh! siempre acompañada  
te goces del deseo que me anima,  
más años que agradable  
flores esparce en la húmeda ribera  
la alegre primavera;  
y nunca el cielo oprima  
la dulce risa de tu rostro hermoso  
con disgusto enojoso,  
permitiendo que goce yo las flores  
(como fiel mariposa  
o cual dorada abeja, que su aliento  
chupa, y en ellas forma su alimento)  
de tus dulces amores,  
¡oh mi Lucinda hermosa!

Y vuela el tiempo, pues su paso lento  
detiene mi contento,  
detiene torpe su estación tardía,  
que tú me llames tuyo, y yo a ti mía;  
vuele, vuele en buen hora,  
y este año tenga fin, y juntamente  
le tengan otros y otros; y el violento  
curso de Febo, que la tierra dora  
con su madeja ardiente,  
su carrera apresure,  
y tanto, en tanto mi ventura dure,  
cuanto en tu pecho vea  
reinar la llama que mi amor desea.

Vuelen, vuelen las horas,  
y llévense los días y los años  
en sus vueltas traidoras,  
y llegue el tiempo en que mi amor posea  
tu pecho unido al amoroso mío,  
y la suerte gozosa  
dé fin dichoso al ruego que la envió,  
oh Lucinda amorosa;  
y en tanto los engaños  
de amor tengan tu pecho entretenido  
con deseo, esperanza,  
manjares que alimentan a Cupido.  
¡Oh tardos días de presentes daños!  
Por vosotros alcanza  
su fin cuanto en el mundo es comprendido.

Pues huid, y dad fin al encendido  
fuego en que mis deseos se alimentan;  
mas, lográndolos luego,  
el paso diligente  
que detengáis os ruego;  
dejad que entonces, pues que ahora cuentan  
siglos los años, yo, mi bien gozando,  
haga siglos los días,  
y tanto dure en las venturas mías,  
cuanto el alegre tiempo dar pudiera  
estación venturosa  
de tu edad a la hermosa primavera,  
oh mi Lucinda hermosa.

### PEQUEÑEZ DE LAS GRANDEZAS HUMANAS

Salgo del Betis a la ondosa orilla  
cuando traslada el sol su nácar puro  
al polo opuesto, y en el cielo oscuro  
la luna ya majestüosa brilla.

Entre la opaca luz su honor humilla  
la soberbia ciudad y el roto muro  
que, al rigor de los siglos mal seguro,  
reliquia funeral, ciñe a Sevilla.

Pierde la sombra su grandeza ufana;  
la altiva población y sus destrozos  
lúgubres se divisan y espantables.

Fía, Licino, en la grandeza humana;  
contéplala en la noche de sus gozos,  
y los verás medrosos, miserables.

### EPITAFIO

Aquí yace Jazmín, gozque mezquino,  
que sólo al mundo vino  
para abrigarse en la caliente falda  
de madama Crisalda,  
tomar chocolatito,  
bizcochos y confites,

el pobre animalito,  
desazonar visitas y convites,  
alzando la patita  
para orinar las capas y las medias  
con audacia maldita,  
ladrar rabiosamente  
al yente y al viniente,  
ir en coche a paseos y comedias  
y ser martirio eterno de criados,  
por él o despedidos o injuriados  
con furor infernal y grito horrendo.

Si inútil fue y aborrecible bicho,  
y petulante y puerco y disoluto,  
culpas no fueron tuyas, era bruto;  
educóle el capricho  
de delicia soez con estupendo  
horror de la razón; naturaleza  
no le inspiró tan bárbara torpeza.

Los que en la tierra al Hacedor retratan,  
sus hechuras divinas desbaratan,  
corrompen y adulteran.  
Los vicios de Jazmín, de su ama eran.

#### EPITAFIO BURLESCO

Esta breve pizarra en hoyo poco  
albo esqueleto encierra,  
no de varón que armado de diamante  
en mortífera guerra  
apresuró el imperio de la muerte  
del Tajo al Orinoco,  
porque supo matar, nombre triunfante  
del tiempo y del olvido.

Ni yace aquí, a basura reducido,  
el encanto de amor, la rosa, el oro  
que en lascivo cabello  
almas aprisionó con lazo fuerte,  
y a quien rindieron el cautivo cuello,  
por antojo de fácil hermosura,  
la verdad y justicia,  
avasallando su ínclito decoro  
de una ramera al imperioso ceño.

Ni aquí la sombra oscura  
ennegrece los huesos formidables  
de un animado lodo,  
para cuya codicia,  
según ansiaba su insaciable dueño,  
se creó el universo todo, todo,  
y quiso Dios que fuesen miserables  
los animales que se llaman hombres.

Ni sella (no te asombres)  
esta losa a un devoto, que cantando  
himnos al Hacedor en compungido  
tono y clamor doliente,  
pálido, cabizbajo y penitente  
dejaba el templo, y sus dineros sacros  
derramaba en profanos simulacros,  
mientras el mendigo mísero y transido  
recibía a sus puertas,  
a la ambición y al aparato abiertas,  
vil ochavillo o tísica piltrafa;  
en fin, no aquí la estafa  
yace disuelta en polvo y podredumbre,  
ni la ambición impía,  
congoja y pesadumbre  
la linajuda vanidad de un necio  
que en la ajena virtud puso su precio,  
y siendo abominable  
de todo vicio escandalosa presa,  
se juzgó ente sublime y adorable  
porque serie de vulvas conocidas  
al mundo le arrojaron;  
no locos devaneos que llenaron  
las regiones del orbe divididas  
de terror con el oro o con el hierro.

Aquí descansa, oh caminante, un perro  
de quien jamás el mundo tuvo quejas.  
Defendió de los lobos las ovejas  
con robusto vigor y ágiles zancas.  
Sus dientes y carlancas  
fueron defensa al tímido rebaño,  
y atronando los vagos horizontes  
con fiel ladrido en las nocturnas horas,  
ahuyentó de los montes  
las bestias carniceras,

y los hombres, más fieros que las fieras.

Hizo bien a su grey, a nadie daño  
con intento maligno.

Agradeció leal parco sustento,  
y vigilante, a su deber atento,  
no a ambición, no a interés, no a gloria vana,  
no a delicia liviana

le ajustó, mas a sola la obediencia  
de obrar cual le dictó la Providencia.

Bien tan gran perro de epitafio es digno;  
y si no lo confiesas, caminante,  
búscales entre los héroes semejante.